

solamente votaban los ricos, en que era necesario pagar 50 francos de contribuciones *directas* para poder ser elector y 300 francos para ser elegido, tanto el gobierno como la administración y la justicia eran muy duras para los pequeños. Y los campesinos sobre el surco, los obreros en los talleres y los empleados en los almacenes se decían: «Si nosotros votáramos como los burgueses, si tuviésemos el sufragio universal igual para todos, como nosotros somos los más numerosos, tendríamos mayoría en todas partes y seríamos los amos. El gobierno, creado por nosotros, se ocuparía de nosotros. Las leyes, las oficinas, los tribunales, nos serían ya favorables. Veríamos la supresión de la miseria y del paro forzoso, tendríamos los seguros contra los accidentes del trabajo y los retiros para la vejez, la elevación de los salarios, la higiene de los talleres, un reparto más justo de los impuestos, y tal vez un mejor reparto de las riquezas; en una palabra, el advenimiento de la justicia, de la igualdad y de la libertad verdaderas.»

El pueblo creía que todo esto iba a realizárselo el sufragio universal. Para conquistarlo, Durand el abuelo hizo la revolución del 93; Durand el utopista hizo la del 48, y Durand el comunista se hizo fusilar contra el muro de los Federados. En fin, Durand I obtuvo su sufragio universal; hace ya cuarenta años que lo tiene y ved el resultado.

En poco menos de medio siglo, tres leyes sociales votadas: la una, sobre los accidentes del trabajo, se la escamotean las compañías de seguros; la segunda, sobre el descanso dominical, no se aplica, y la última sobre los retiros obreros, será una entruchada financiera.

Aparte de esto, los proletarios continúan soportando la casi totalidad de los impuestos, como antaño; los obreros continúan siendo fusilados por la tropa, y los militantes encarcelados en nombre de los grandes principios y de la libertad de la imprenta.

En cambio, reinan los hacendistas; los empréstitos repetidos enriquecen a

nuestros banqueros; el dinero de las reformas sociales se gasta en acorazados de 40.000.000, que se van al fondo del mar con admirable buena voluntad; los 1.000.000.000 de las congregaciones se evaporan en los bolsillos de los liquidadores, de sus protectores políticos y de sus comisionados. Los políticos son cómplices, la magistratura aprueba y el gobierno prepara nuevos «programas.»

Por todas partes, pues, la corrupción se ostenta cínicamente y ni siquiera podemos indignarnos, porque se ejerce en nombre del mismo pueblo soberano.

Con todo, éste principia ya a no conocer su República. Encuentra que se la han cambiado desde el imperio. Se pregunta si su soberanía tan soñada no es una farsa y la democracia un atrapa-tontos.

Pues bien, sí, señor Durand, te engañan. Mientras que con grandes esfuerzos la República conquistaba la Francia, los hacendistas y los hombres de negocios conquistaban la República. Organizados sólidamente en poderosos sindicatos, se han apoderado de los grandes periódicos con cuya ayuda manejan la opinión; por este medio aterrorizan a los diputados y a los ministros a quienes, por lo demás, consuelan interesándoles en sus negocios. Imponen al gobierno su programa, vigilan su ejecución en las oficinas llenas de gente hechura suya. Después, amos ocultos de todos los rodajes del Estado, cubren todo el territorio con una red de comités y de periódicos con cajas repletas y bien guardadas, tienen los comités Mascuraud para sostener pecuniariamente a los «buenos» candidatos, que no siempre son de segunda fila, y consiguen, por fin, que el mismo pueblo sancione su propia explotación.

Los mejores cerebros de la clase obrera comienzan ya a adivinar y husmear todo esto. Pero no saben cómo se hace. Esta cocina político-financiera escapa a sus miradas.

FRANCIS DELAISI